

¿PUEDEN LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA ABANDONAR ORIENTE MEDIO?

Carlos ECHEVERRÍA JESÚS
Profesor de Relaciones Internacionales de la UNED
Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado



OR ser aún la única superpotencia hoy existente, los Estados Unidos ni pueden ni deben abandonar ninguno de los escenarios geopolíticos más relevantes del mundo, y Oriente Medio lo es y, previsiblemente, lo seguirá siendo durante largo tiempo. Pero también es cierto que tanto la evolución de algunos acontecimientos en la región en años recientes como algunas actitudes de las últimas administraciones estadounidenses invitan a plantearse si Washington va a estar siempre ahí o no.

Cuestiones como la continuidad del tradicional apoyo a Israel —siendo los Estados Unidos su principal aliado desde su fundación en 1948 como Estado judío—, la necesidad de su influencia para frenar el programa nuclear iraní y así evitar su desvío hacia fines militares o la preocupante penetración de potencias revisionistas —como la Federación de Rusia o la República Popular China— en dicho escenario parecen ser desafíos lo suficientemente exigentes como para que no se plantee un escenario sin los Estados Unidos en la zona. Y, finalmente, hay otros retos de carácter transversal, como son la necesidad de seguir combatiendo a un terrorismo islamista que no solo no desaparece, sino que muta hacia manifestaciones tanto o más peligrosas, o la responsabilidad de mantener abiertas las rutas marítimas que por dicho epicentro geopolítico discurren, que también invitan a que la presencia visible y relevante de la superpotencia estadounidense perdure.

La herencia de la Administración Trump (2017-2020) y los primeros movimientos de la Administración Biden en Oriente Medio



Retrato oficial de Donald Trump.
(Foto: www.wikipedia.org)

Si el presidente Barack H. Obama se esforzó por dejar atrás cuestiones legadas por las dos legislaturas de George W. Bush —condicionadas estas últimas por la necesidad de priorizar la lucha tanto contra el terrorismo islamista como contra la proliferación de armas de destrucción masiva— y anunció nada más llegar a la Casa Blanca el repliegue de Irak y el redireccionamiento del conflicto afgano —además de mostrar su deseo de cerrar la prisión de Guantánamo o de buscar una salida diplomática a la tensión con Irán—, Donald J. Trump llegó al poder años después tratando también de pasar página en relación con el legado de su predecesor. Y una de sus decisiones más sonadas en relación con Oriente Medio fue romper con el acuerdo

nuclear con Irán alcanzado en 2015 gracias a la voluntad negociadora de Obama (1).

Trump acometió en tan solo una legislatura tal volumen de cambios, y de carácter tan dramático, que aparte de la susodicha salida del JCPOA abogó por retirarse de los escenarios de guerra en los que los Estados Unidos seguían implicados —calificando a los conflictos de Afganistán y de Irak de «guerras estúpidas»— y se volcó en apoyar, como nunca antes había hecho una administración de los Estados Unidos, a un Estado de Israel centrado en sus últimos tiempos en consolidar su condición de Estado judío.

(1) Dicho acuerdo nuclear, el Joint Comprehensive Plan of Action (JCPOA), sigue estando hasta hoy en el centro de todos los movimientos diplomáticos. Véase «Iran Nuclear Talks Reach a Critical Juncture», *Stratfor*, 10 de diciembre de 2021.

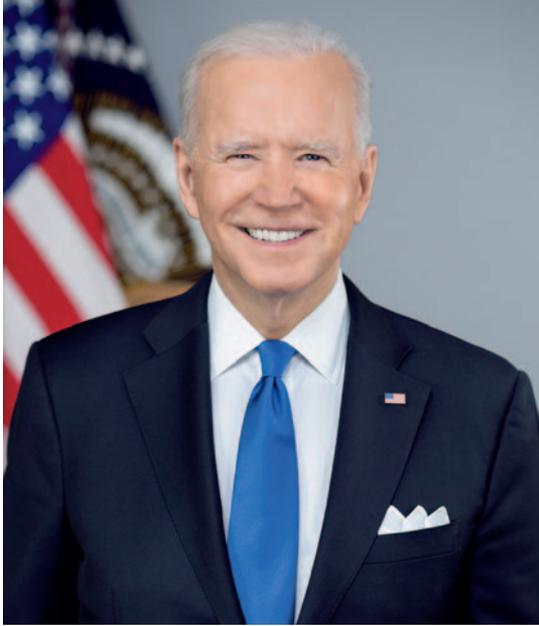
Pero para el presidente Trump el verdadero motivo de preocupación en relación con Oriente Medio iba mucho más allá de las susodichas cuestiones y tenía que ver con la creciente presencia diplomática y militar de Rusia y, sobre todo, con la relevancia económica de China en este escenario. Tal realidad se enmarca en el contexto geopolítico actual, que viene definido por la competición entre las grandes potencias. Con fuerzas expedicionarias rusas en Siria y con los chinos desplegados en sus rutas de la seda terrestre y marítima atravesando Oriente Medio y sus mares y océanos adyacentes —siendo uno de sus reflejos más visibles la Base Naval china en Yibuti o el reforzamiento de las infraestructuras navales rusas en las localidades sirias de Latakia y Tartús—, Trump prestaba más atención al despliegue de ambas grandes potencias revisionistas que a los asuntos tradicionales en Oriente Medio. Y el telón de fondo de todo ello es el importante desgaste sufrido por los Estados Unidos en sus dos décadas de guerra en Afganistán y de casi una en Irak. Recordemos al respecto que la aproximación geopolítica estadounidense a Oriente Medio es generosa, comprendiendo desde Afganistán en el este hasta las estribaciones más occidentales del Magreb en el oeste.

Pero por otro lado, Washington parece no poder inhibirse de algunos de los problemas centrales que encontramos en Oriente Medio, desde la gestión del complejo dossier iraní hasta la necesidad de seguir luchando contra el terrorismo islamista y contribuir a la protección de su aliado israelí. La *Estrategia de Seguridad Nacional* estadounidense de 2017 incide particularmente en la cuestión nuclear, apuntando a Irán, y en un compromiso antiterrorista estadounidense que en ningún momento puede flaquear (2).

Todo ello —es decir, la doble necesidad de contrarrestar el esfuerzo en términos de creciente competencia de rusos y chinos y de atender a los desaffos permanentes que en Oriente Medio encontramos con algunas de sus manifestaciones más dramáticas (terrorismo islamista, proliferación de armas de destrucción masiva y conflictos, tanto convencionales como híbridos)— obliga a los Estados Unidos a tener que responder a importantes exigencias estratégicas que no pueden ni deben ser desatendidas.

Joseph R. Biden Jr., quien fuera vicepresidente con Obama y por ello buen conocedor de los temas centrales de la región, asumía en enero de 2021 el poder, tratando de dejar atrás el legado de Trump y el unilateralismo nacionalista y proteccionista de este, preconizando una vuelta al multilateralismo. Surgían también incógnitas, tales como si el cerrado apoyo de Trump a Israel —enfrentándose con dureza a Irán y apoyando temas regionales sensibles, como el reconocimiento de la capitalidad de Israel en Jerusalén— y la aproximación a Arabia Saudí —motivada por la hostilidad hacia Irán y reforzada por

(2) Véase *National Security Strategy of the USA*, diciembre de 2017, 88 páginas.



Joseph R. Biden Jr.
(Foto: www.wikipedia.org)

su complicidad en el conflicto de Yemen, o la eliminación el 2 de enero de 2020 en Bagdad, utilizando un dron armado contra «objetivos de alto valor», como eran el general iraní Qasem Soleimani y el líder iraquí Abu Mahdi al-Muhandis — iban a reducirse o no a partir de entonces (3).

Ello nos obliga a explorar de forma monográfica los tres ámbitos en los que es previsible que la visibilidad de los Estados Unidos se siga manteniendo, aunque también es preciso evaluar su intensidad. Su presencia sigue siendo necesaria dado su papel de superpotencia y, por tanto, como «actor imprescindible» en la región.

El futuro del programa nuclear iraní y la necesaria disuasión contra Irán en otras dimensiones dentro de la región

La experiencia nos ha demostrado que ha sido la capacidad de disuasión mostrada en los momentos en que se ha hecho necesaria —con el despliegue naval y aéreo estadounidense, sin olvidar el terrestre y el siempre presente de las fuerzas especiales— la que ha llevado a lograr avances más o menos visibles frente a una expansión del protagonismo iraní en la región y en su programa nuclear. En relación con el despliegue naval estadounidense en el golfo Pérsico, este sigue siendo imprescindible para garantizar la libre navegación en una zona extremadamente sensible por su valor estratégico y por la relevancia económica vinculada a los flujos energéticos. Ello quedó patente en los ataques contra petroleros saudíes en 2019 y en las sucesivas escaramuzas en las que a lo largo de 2021 se vieron envueltos en varias ocasiones buques militares estadounidenses en la zona del estrecho de Ormuz, provocadas por

(3) «Yemen Braces for Another Year of Devastating War», *Stratfor*, 29 de diciembre de 2021.

enjambres de pequeñas embarcaciones armadas de la Guardia Revolucionaria de Irán, así como de drones (4).

Habiendo renunciado el presidente Trump en 2018 al acuerdo nuclear de 2015, su sucesor ha intentado recuperar el marco negociador, algo que Irán solo respetaría si previamente se levantaran todas las sanciones que sufre desde hace largos años. En una fase inicial plagada de desencuentros —pues hubo hasta ocho reuniones infructuosas en Viena a lo largo de 2021—, los Estados Unidos hicieron algunas concesiones a fines de 2021 que atrajeron a Irán de vuelta a la mesa negociadora en el arranque de 2022 (5). Las conversaciones se retomaron en la capital austriaca el 8 de febrero de 2022, en lo que para los más optimistas podría ser la entrada en una fase para un nuevo entendimiento (6).

Pero lo cierto es que el tiempo corre en contra de los esfuerzos negociadores y, aunque algunos han querido ver signos de distensión incluso en la nueva Administración israelí, la situación en Oriente Medio y la evolución de la tensión entre las grandes potencias a escala global —con las lecciones aprendidas de la enésima crisis entre Rusia y Occidente en torno a Ucrania— no hacen sino poner de manifiesto cuán importante es contar con herramientas de disuasión clásicas para jugar con ciertas garantías tan peligrosas partidas (7). Por otro lado, recientes intentos argelinos de aproximar a las partes en la tensión interna palestina han puesto de manifiesto que la conflictividad perdura en dicha dimensión, algo que hace prever aún más el deterioro de la situación israelí-palestina, mientras en Líbano y Siria las rivalidades y los enfrentamientos se incrementan, ofreciendo un campo idóneo para la injerencia de Irán en la región (8).

Tal injerencia es obvia en diversos escenarios, de los que vamos a destacar dos por su particular relevancia. Uno fue el envío de petroleros iraníes a Líbano en el verano de 2021 —en claro desafío al estricto embargo que los Estados Unidos pretenden aplicar a Irán— para reforzar a Hezbolá en momentos de dificultades para el grupo en el contexto de la crisis económica y política

(4) STARR, Barbara; KAUFMAN, Ellie, y LEBLANC, Paul: «Barco de la Guardia Costera de Estados Unidos hizo treinta disparos de advertencia contra lanchas rápidas iraníes», *CNNespañol*, 11 de mayo de 2021.

(5) AYESTARÁN, Mikel: «Irán logra que el fin de las sanciones sea el primer punto de la negociación nuclear», *ABC*, 30 de noviembre de 2021, p. 27.

(6) «The Final Hurdles Facing a New US-Iran Nuclear Deal», *Stratfor*, 15 de febrero de 2022.

(7) «Israel Changes Tack on the Iran Nuclear Deal», *Stratfor*, 6 de enero de 2022, e «Irán confirma que sus instalaciones nucleares están fortificadas y amenaza a Israel, y Alemania dice que las negociaciones de Viena han entrado en una etapa crítica», *Al Jazeera.net*, 6 de enero de 2022.

(8) SANZ, Juan Carlos: «Los enfrentamientos entre palestinos e israelíes disparan la tensión en Jerusalén Este», *El País*, 12 de febrero de 2022, p. 7.

libanesa (9). Y el segundo nos lleva al conflicto de Yemen, donde los sistemas de armas que utilizan generosamente los rebeldes chífes hutíes muestran con claridad el apoyo iraní, que altera cada vez más la evolución del conflicto y lo hace más regional, dados los osados ataques con misiles y drones lanzados por dicho actor no estatal contra territorio de Arabia Saudí (10).

El conflicto israelí-palestino y la débil búsqueda de una distensión que permita retomar las conversaciones y, eventualmente, las negociaciones

Como quiera que los Estados Unidos ya no juegan el papel dinamizador que tuvieron en las añoradas últimas tres décadas, es difícil vislumbrar en términos de presente o de futuro a Washington siendo capaz de acercar a palestinos e israelíes y de neutralizar los potentes esfuerzos en contra que protagonizan actores hostiles, como el Movimiento de Resistencia Islámica palestino (Hamás) o el régimen sirio, pasando por Irán o Hezbolá (11). Las negociaciones directas israelíes-palestinas se rompieron en 2014 y no se han retomado con continuidad desde entonces.

Si bien es cierto que los Acuerdos de Abraham de septiembre de 2020 fueron un éxito de la con frecuencia vilipendiada Administración Trump, lo cierto es que, aunque se han dado diversos pasos, aún es pronto para concluir que tan pragmática aproximación de varios países árabes e Israel vaya a ir más allá de crear una suerte de cordón sanitario contra la expansión iraní (12). La dinámica del nuevo Gobierno israelí de retomar con buen ritmo la construcción de asentamientos en zonas sensibles, como Jerusalén Este o la conexión entre dicho escenario y Cisjordania, está generando protestas entre los palestinos y crecientes manifestaciones de apoyo en el mundo árabe e islámico (13). En cualquier caso, también es importante destacar que algunas iniciativas

(9) Irán desafiaba doblemente a Washington con esta decisión, pues los Estados Unidos habían propuesto que para ayudar a Líbano en tan difícil situación se le hiciera llegar gas natural egipcio a través de Jordania y Siria. Véase SANZ, J. C.: «Irán intenta explotar el caos libanés para reforzar a Hezbolá», *El País*, 30 de agosto de 2021, p. 5.

(10) «Rebeldes yemeníes acusados de ataques contra aeropuerto en el sur de Arabia Saudita», *24matins*, 31 de agosto de 2021.

(11) Entre esos momentos ahora añorados, destacaremos el Proceso de Paz para Oriente Medio que, lanzado en Madrid en el otoño de 1991, propició éxitos como los Acuerdos de Oslo entre la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) e Israel (1993) o la firma de un Tratado de Paz entre Jordania e Israel (1994), la Conferencia de Annápolis (2007) y, entre medias, la creación del Cuarteto, que incluía a los Estados Unidos, la Federación de Rusia, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Unión Europea (UE).

(12) RIBERA, Anje: «Israel abre en Abu Dabi su primera embajada en el Golfo Pérsico», *Diario de Navarra*, 30 de junio de 2021, p. 7.

(13) «Israel Plows Ahead With Controversial New West Bank Settlements», *Stratfor*, 15 de julio de 2021.

estadounidenses recientes, como la definición de un marco *ad hoc* de colaboración estratégica entre Washington y Doha (en Catar se encuentra la base estadounidense más importante de todo Oriente Medio), podría servir para frenar a otro frente contrario a la normalización con Israel: la del islamismo, más o menos radicalizado, activo en la Autoridad Nacional Palestina (con Hamás controlando la franja de Gaza e incrementando su influencia en Cisjordania), en Catar, en Turquía y con redes en diversos países árabes, desde Jordania hasta Marruecos, que garantizan un peligroso activismo en toda la región (14). Por lo pronto, cuando el acuerdo entre los Estados Unidos y Catar se selle, el país árabe pasará a recibir entrenamiento militar avanzado y cooperación en defensa de mayor nivel que actualmente.

Frente a todo ello, Israel refuerza su escudo antimisiles Iron Dome, pues los sucesivos enfrentamientos armados con Hamás desde mediados de la primera década del siglo XX han permitido a las autoridades israelíes comprobar cómo evolucionan las capacidades de los islamistas radicales palestinos en sus ataques con misiles cada vez más perfeccionados y de mayor alcance, fruto de las propias capacidades de su brazo armado Brigadas de Ezzeldin al-Qassam —en lo que a Hamás respecta y a las que hay que añadir las Brigadas Al-Quds de la Yihad Islámica Palestina—, pero también del apoyo técnico y financiero de Irán (15). El último enfrentamiento entre Hamás e Israel se produjo en la primavera de 2021 y en él murieron más de 250 palestinos y una decena de israelíes.

¿Queda papel para los Estados Unidos en Siria?

Con el éxito aún reciente que ha supuesto la eliminación por fuerzas especiales estadounidenses del segundo emir del Estado Islámico (EI) —Abu Ibrahim al-Hashimi al-Qurashi era abatido en suelo sirio en enero de 2022, como también lo fuera su predecesor Abu Bakr al-Baghdadi en 2019—, los Estados Unidos siguen contando en el tablero sirio, aunque tan solo en lo que al esfuerzo antiterrorista respecta. Es claramente algo marginal, como lo es también el actor interpuesto en el que los estadounidenses se siguen apoyando para gestionar la, por otro lado, aún tan necesaria labor antiterrorista: los kurdos de las Fuerzas Democráticas Sirias (FDS). Pero siendo marginal tal actor, es a la vez imprescindible, como se demostró el pasado enero con el apoyo estadounidense a las desbordadas FDS, que tuvieron que hacer frente en la provincia nororiental siria de Al Hasaka al asalto por cientos de yihadistas del EI de una prisión en la que los kurdos mantienen encerrados a 3.500 miembros del grupo terrorista. Los combates duraron seis días,

(14) «What to Make of Qatar's Designation as a US Non-NATO Ally», *Stratfor*, 8 de febrero de 2022, y «Qatar, nuevo apoyo financiero de Hamás», *ABC*, 18 de mayo de 2021, p. 28.

(15) «Al menos tres muertos y ocho heridos por el lanzamiento de 130 cohetes de Hamás contra Tel Aviv», *COPE*, 12 de mayo de 2021.

y solo el decidido apoyo estadounidense, y también británico, permitió sofocar este ataque, que muestra la perduración de la amenaza que el EI representa.

Tal apoyo de los Estados Unidos a actores kurdos sirios es limitado, pues cuenta con la actitud hostil de Turquía, además de la recelosa de Siria, Irak e Irán, pues los tres países sufren también el desafío que el tan numeroso pueblo sin Estado, el kurdo, les plantea en sus respectivos territorios. La lucha contra el EI continúa siendo obligada, y los medios —tanto humanos como logísticos y de información— que los Estados Unidos aportan seguirán siendo imprescindibles. Tratan además, con escaso éxito, de que sus aliados occidentales empiecen a permitir el regreso de los potenciales retornados del EI a sus países de origen para aligerar con ello las tareas que deben afrontar las FDS en términos de vigilancia y mantenimiento, y el propio Estado iraquí en materia de realización de procesos judiciales y de cumplimiento de condenas. Y como el EI no es el único enemigo yihadista a inventariar en Siria, desde Washington se ve con preocupación la perduración de la amenaza de Al Qaeda y de grupos afines, destacando entre ellos Hayat Tahrir al-Sham, una organización que disfruta de una presencia segura en el santuario protegido por Turquía de Idlib, región siria del noroeste del país donde se han concentrado este y otros grupos y donde precisamente las fuerzas especiales estadounidenses acabaron con la vida de los dos líderes sucesivos del EI.

Por otro lado, los Estados Unidos tienen escasa capacidad de maniobra en relación con un conflicto sirio que aún no ha acabado. Es bien evidente que, desde años atrás, los principales actores foráneos implicados en el terreno —desplegados militarmente tanto directamente como a través de sus *proxies*— o embarcados en las iniciativas diplomáticas más visibles y sostenidas en el tiempo son Irán, Rusia y Turquía (en los procesos de Astaná, primero, y de Sochi después).

También en el vecino Irak la posición de los Estados Unidos es cada vez más marginal, agravada tras la eliminación del general Soleimani y del líder miliciano iraquí Abu Mahdi al-Muhandis en enero de 2020. Precisamente en el segundo aniversario de dicha acción cinética estadounidense en el Aeropuerto de Bagdad, el 3 de enero de 2022, los líderes iraníes seguían clamando venganza en una amenaza que los Estados Unidos se toman muy en serio (16). Desde entonces las ya muy reducidas fuerzas estadounidenses presentes en el país reciben con frecuencia acciones de hostigamiento. Tal fue el caso de los sucesivos ataques con drones lanzados contra tropas estadounidenses, que provocaron una respuesta contra los milicianos proiraníes de Kataib Sayyid al-Shuhada, duramente criticada por el primer ministro Mustafá al-Khadimi (17).

(16) «Dos años después de la muerte de Soleimani, Irán exige que Trump sea juzgado», *France24*, 3 de enero de 2022.

(17) ANSORENA, Javier: «Las milicias iraquíes responden con el ataque a una base de Estados Unidos», *ABC*, 30 de junio de 2021, p. 27.

En la dimensión diplomática y de seguridad, a los Estados Unidos le quedan desafíos importantes en relación con lo que su papel puede ser de esperado y deseable, pues en clave de seguridad regional los riesgos de una escalada violenta perduran, en particular entre el régimen sirio y sus aliados iraníes, por un lado, y el Estado de Israel, aliado existencial de Washington, por otro (18).

Conclusiones

A la pregunta de si siguen siendo los Estados Unidos un actor relevante o incluso imprescindible en la región, podemos responder que sí, y ello por varios motivos. Según nuestro estudio, podemos afirmar que, hoy por hoy, el más mínimo avance en cualquiera de los tres ámbitos analizados requiere de la participación directa de los Estados Unidos, ya que tanto sus capacidades de todo tipo, incluidas las militares, como la clara voluntad de utilizarlas llegado el caso, hacen de la superpotencia un actor creíble y, hoy por hoy, el único capaz de influir en dinámicas tan complejas como las que encontramos en Oriente Medio.

A la espera de que una nueva *Estrategia de Seguridad Nacional* estadounidense vea la luz, el documento provisional o interino de presentación de las intenciones de la nueva Administración no margina ni el papel mundial de los Estados Unidos ni región o subregión alguna, y por ello es de esperar que el resbaladizo Oriente Medio siga contando en la política exterior, de seguridad y de defensa con la aún superpotencia. Si en la *Estrategia de Seguridad Nacional* de diciembre de 2017 Oriente Medio estaba en tercera posición en la manifestación del interés, la *Interim National Security Strategic Guidance* de marzo de 2021 —que es a todas luces un breve adelanto de una nueva *Estrategia* de la Administración Biden que no acaba de ver la luz— lo sitúa en cuarto lugar, tras la región del Indo-Pacífico, Europa y el hemisferio occidental, destacando su importancia para la lucha contra el terrorismo islamista (19).

Hemos visto en el presente artículo cómo, por un lado, los desafíos concretos no faltan y cómo el despliegue cada vez más visible y ambicioso de los grandes competidores, Rusia y China, hace también imprescindible dicha presencia. Lo que queda por comprobar es si el lema del entonces candidato Biden «América ha vuelto», frente al omnipresente durante toda la legislatura de Trump «América primero», se refleja en una recuperación del liderazgo y de la manifestación de disuasión militar y de la proactiva conducta diplomática de otrora.

(18) «Israel ataca objetivos militares en Siria y al menos un soldado muerto», *France24*, 9 de febrero de 2022.

(19) Véase *Interim National Security Strategic Guidance* (INSSG), marzo de 2021. www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2021/03/NSC-1v2.pdf.



El Juan Carlos I en el Arsenal de Las Palmas, febrero de 2022.
(Foto: Juana Mesa Canalejo)